



NÚMERO 802

21 DE SETIEMBRE DE 1914

AÑO XXXI

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes para comidas de confianza



## SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — La flauta, por Adolfo Albertazzi. — Pensamientos. — La buérfana de Dordrecht, por M. Filiberto de Audeband (*continuación*). — Crónica de teatros. — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes para comidas de confianza. — 4. Trajes para niños. — 5. Trajes para señoritas. — 6 a 12. Gran Panorama de trajes para la estancia en el campo.

HOJA DE PATRONES NÚM. 802. — Varias prendas diferentes.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 802. — Diversos y variados dibujos.

FIGURÍN ILUMINADO. — Blusas elegantes.

## EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 802. — Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.

2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 802. — Diversos y variados dibujos. — Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Blusas elegantes.

I. Blusa de paño de seda color de amaranto adornado el delantero y las mangas de aplicaciones de trencilla de seda. Cuello de terciopelo y plegado de tul rodeando el escote y el delantero del cuerpo.

II. Blusa de crespón de seda de color gris, guarnecida de bordados de color de cereza y de un alto cuello valona y volantes de las mangas de organdí.

III. Blusa de muselina color de limón muy escotada, orlada de un galón y picos de encaje de Irlanda. Camiseta fruncida de tul de color crema con escote a lo Virgen con orla adecuada a la blusa superpuesta.

IV. Blusa de tafetán de color coral rosa, adornada con un gran cuello y puños de tafetán blanco.

V. Blusa de charmeuse de color azul pavo real, adornada con ricos bordados belgas, las mangas y el peto. Pequeña pañoleta de tul color de carne: una tira de piel de bisonte rodea el cuello escotado.

## DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES PARA COMIDAS DE CONFIANZA.

I. Traje de tul bordado y encaje con túnica fruncida. Cuerpo y alto cinturón de tela de seda, adornado de un chaleco, cuello y parte inferior de las mangas, de tul bordado.

II. Traje de liberty de color de rosa antiguo; túnica fruncida, chaleco guarnecido de una guirnalda bordada, peto de tul blanco y ancho cinturón drapeado.

III. Traje de paño de seda color de limón; túnica guarnecida de volantes y cuerpo plegado al través descendiendo sobre la falda: plegado de tul en el escote.

4. TRAJES PARA NIÑOS.

I. Traje de niño, de franela blanca, guarnecido con pequeños bieses encarnados y de un cinturón de cuero.

II. Traje de niño con calzón abolsado; cuello de tela blanca guarnecido de un galón de fantasía.

5. TRAJES PARA SEÑORITAS.

I. Traje de cachemira de seda de color azul antiguo; falda cruzada hacia un lado y cuerpo montado a pequeños pliegues a un canesú.

II. Traje de tela de seda color de rosa, con la parte inferior del cuerpo y de la túnica bordadas. Chaleco con cuello, de lino blanco.

6 a 12. GRAN PANORAMA DE TRAJES PARA LA ESTANCIA EN EL CAMPO.

I. Traje de hechura de sastre de jerga muy fina. Chaqueta y falda guarnecidas de cordones de seda. Cuello de raso liso.

II. Capa de paño liso, adornada con bieses de raso por el borde. Cuello de raso liso.

III. Traje de tafetán liso, falda túnica y cuerpo abrochado en el delantero, mangas largas.

IV. Traje de tela a cuadros, de larga túnica, cuerpo guarnecido de galón y de un plegado de tul rodeando el escote. Cinturón de raso.

V. Traje de paño de seda con larga túnica plegada. Cinturón drapeado y cuello y peto interior de tul blanco.

VI. Traje estilo sastre de sport, de tela inglesa. Falda plegada y chaqueta de fantasía con cinturón de cuero.

VII. Traje de hechura de sastre de terciopelo de lana acostillado. Alto cinturón de tela de fantasía.

## CRÓNICA DE LA MODA

Varios periódicos, con motivo de la guerra que despuebla, tala y ensangrienta media Europa en los momentos actuales, hacen cábalas acerca del porvenir reservado a la Moda y a la ciudad francesa que

hasta el presente ha sido emporio de la caprichosa deidad. Nos parece, pues, que no desagradará a nuestras amables lectoras que transcribamos en estas páginas uno de los más sensatos escritos que referentes al asunto hemos leído: el que con el título de «La guerra y la moda» ha publicado en nuestro colega *La Vanguardia* un escritor que oculta su nombre con el seudónimo de Juan Misterio. Dice así:

«El actual conflicto europeo lleva consigo graves trastornos en todos los órdenes de la vida. La moda, y en particular la moda femenina, de cuyas creaciones ha venido siendo París el árbitro universal, ha recibido un golpe de muerte con motivo de la formidable guerra que las grandes potencias europeas están sosteniendo; diríase que la veleidosa deidad que lleva el lacónico nombre de Moda, ha sido una de las innumerables víctimas que ha causado ya, y que

capital como Roma, Madrid, Barcelona, Lisboa, etcétera. Es decir, en un principio y paralelamente a la gran guerra europea, habría otra guerra *pacífica* entre las naciones hoy neutrales, para conquistar el envidiado imperio de la moda, que no sería pequeña victoria, pues ella ha contribuido quizá más que otro elemento alguno a hacer de París la gran capital cosmopolita que es hoy día. Ved, pues, por dónde una cuestión frívola en apariencia, puede influir en el engrandecimiento de una ciudad y aun de una nación entera.

»La idea está lanzada; ahora falta que los interesados en este asunto pongan de su parte todos los esfuerzos posibles para realizar el ensueño de que pudiera llegar a ser Barcelona el supremo árbitro de la moda mundial. La pretensión, después de todo, no es tartarinesca, porque en Barcelona no hay que

dudar que existen sobrados elementos para grandes empresas y nuestra ciudad está llamada a ser una de las primeras capitales de Europa. Hay en Barcelona espíritu laborioso y expansivo, múltiples industrias en pleno apogeo, grandes capitales, una magnífica situación topográfica y un buen gusto refinado que se manifiesta, entre otros órdenes de la vida, en el vestir muy bien, dicho sea sin jactancia ciudadana o cívica, que es una palabra que está más de moda, y ya que de moda hablamos, hablemos a la última moda »

## CONSEJOS ÚTILES

Es cosa perfectamente averiguada, según las conclusiones adoptadas por la Academia de Medicina de París, que el mosquito *anopheles* es el propagador del paludismo.

Los anopheles hembras depositan sus huevos en la superficie de las aguas estancadas, muriendo en seguida; transformados los huevos en larvas a los dos días y en ninfas a los quince, el insecto llega a pleno desarrollo a los diez y ocho o veinte días de nacer, nutriéndose exclusivamente de vegetales si es macho, y de sangre de mamíferos, especialmente de sangre humana, si es hembra, y muriendo veinticinco o treinta días después. Por la noche persigue a sus víctimas, y por el día reposa en los sitios resguardados del aire y de la luz, en las grutas, cuadras, bodegas, alcobas, armarios, etcétera.

Conocidos todos estos datos, la profilaxis del paludismo no es difícil. Según la *Higiene moderna*, deben mantenerse las antiguas medidas profilácticas, limpieza de pozos y acequias, desecación de tierras insalubres, canalización de los ríos, etc., evi-

tando el vivir en casas rodeadas de huertas o jardines, y procurando la cría de peces en los lagos y estanques, porque destruyen y comen las larvas de los mosquitos. Si se trata de charcas o estanques pequeños, puede emplearse el petróleo; pero este medio y el de los demás antisépticos, mezclados con el agua, es peligroso y nocivo desde luego para los demás seres que vivan en el agua o puedan beberla.

Aparte de estas medidas de higiene pública, deben cerrarse bien puertas y ventanas y toda clase de aberturas para evitar la entrada del mosquito, fumigando las habitaciones oscuras o húmedas con ácido sulfuroso o con hojas de eucalipto o de tabaco quemadas; deben sacudirse y airearse las ropas de la cama, rociando los dormitorios con esencias, y sobre todo debe dormirse con un buen mosquitero. No se debe andar por el campo una vez puesto el sol, y se debe llevar perfumada la ropa o el pañuelo, pues el anopheles huye de los perfumes.

## LA FLAUTA

## EPISODIO HISTÓRICO

Era durante el sitio de la heroica Gerona, que se sostuvo siete meses contra dos ejércitos, el francés de Du Vernier y el italiano del Pino. En el primer regimiento de granaderos italianos militaba el bravo teniente Ferrari, joven de gran corazón, que estando de guardia una noche de noviembre de 1809, tuvo que conducir al general cuatro prisioneros cogidos por una patrulla cerca del campamento: eran un fraile dos aldeanos y un joven de unos veinte años, rubio, que parecía de condición civil; habían sido registrados, y se les habían encontrado cartas dirigidas desde Gerona al general Blake para informarle del modo



4—Trajes para niños

ha de seguir causando, la conflagración de las naciones de la vieja Europa.

«Esta, que en apariencia es de una frivolidad acentuada, en el fondo no deja de tener una decisiva importancia para una rama de la industria. Concretando el caso a España, se echa de ver en seguida las consecuencias que ha de tener el estado actual de cosas para todos aquellos industriales que se dedican a la manufactura de artículos de moda, puesto que al no recibir modelos de París, estarán completamente desorientados, sin saber qué tendencia dar, o mejor dicho, por qué derroteros encauzar la fantasía de los artículos de alta novedad.

»Puestas las cosas en este terreno, no hay más que dos caminos a seguir: renunciar al imperio de la moda, mientras dure la guerra, o crear esta misma moda en España u otra nación neutral cualquiera. La primera solución no es recomendable porque implica la paralización de muchos trabajos y, por lo tanto, la crisis aguda de una serie de industrias más o menos importantes, que están íntimamente relacionadas con la moda. Es, pues, conveniente crearla, y de ser así, ¿por qué no en España, donde, dado nuestro temperamento genuinamente fantaseador, hay ambiente a propósito para ello? Esto no es óbice, sin embargo, para que cada nación que se encuentre en condiciones, lance sus modelos, triunfando al fin y a la postre, en todo el orbe, los que más gusto exquisito denotasen.

»Esta sería una buena ocasión para descentralizar de París la moda, siendo en lo sucesivo ampliamente autónoma, o pudiéndose dar el caso de que dicho centralismo lo monopolizara en el porvenir una gran





Gaston DROUET, Editeur Paris

## EL SALON DE LA MODA

*Montaner y Simon Editores Barcelona*

Reproduction Prohibida

XXIX-805

### ESTREÑIMIENTO SUPOSITORIOS CHAUMEL

para Adultos, y para Niños.  
Infalibles; efecto producido en media hora.  
FUMOZE - PARIS, y en todas las Farmacias del Globo



La "CRÈME SIMON", Es un  
producto maravilloso para el  
cuidado del rostro y su belleza.  
— Polvo de arroz y jaboncillo  
à la "Crème Simon"







más fácil de aprovisionar de víveres la población. El fraile no intentó siquiera justificarse; los aldeanos se disculparon con que no sabían leer e ignoraban el contenido de las cartas, y el joven dijo:

—Soy tocador de flauta; en Gerona no tienen ganas de música, y me iba a otra parte a ganar el pan. —¡Bueno! —dijo el general Pino al teniente Ferrari. —¡Llévalos de paseo!

Eso quería decir que los condujera al campo y los despachara sin ruido.

El teniente con doce granaderos y los prisioneros delante, salieron del campamento.

La luna brillaba, y Ferrari marchaba tristemente pensando en su madre y en su país; entrados en el bosque sin dirección fija, el fraile preguntó:

—¿Dónde nos lleváis?

El oficial no respondió; pero de pronto, ocurriéndosele una idea, dijo:

—¡Vamos a Gerona!

«Allí morirán —pensaba para sí—; pero, por lo menos, sus paisanos los verán y les darán sepultura, no quedándose en el bosque como si fueran perros.»

El fraile comprendió por aquella respuesta que estaban condenados a morir, y exhortó a sus compañeros a confesarse; los dos aldeanos comenzaron a castañetear los dientes de terror, barbotando sus culpas con voces lamentosas, mientras el joven tocador de flauta lloraba. El oficial recordaba que unos días antes él había salvado la vida a una pobre vieja de la ira de sus soldados, y que la desdichada le había dicho: «¡Usted es italiano; usted es bueno!» Pero también el general Pino era italiano, y había que obedecer. Al final del bosque, Ferrari hizo alto, mandó a los granaderos que ataran los pañuelos de los presos metiéndoles el nudo en la boca, hizo bajar los fusiles para que desde las murallas no los vieran brillar, e indicó una casa arruinada a un tiro de pistola de la ciudad. «Desde allí, se dijo, mañana los verán en cuanto salga el sol. Llegados al sitio designado, el teniente dió la orden:

—¡A la bayoneta!

El fraile y los aldeanos cayeron acribillados en el acto; pero ninguno de los granaderos había tocado al joven. Hubo un instante de vacilación; pero el deber se sobrepuso al sentimiento, y Ferrari repitió:

—¡A la bayoneta!

Y el joven cayó también.

Cumplida la dura tarea, los granaderos se sintieron hombres de guerra y buscaron su botín; en los zapatos del fraile hallaron dos onzas de oro; en las alforjas de los aldeanos algunas monedas, y en la casaca del joven una bolsa con la flauta. El teniente, que era aficionado, se quedó con la flauta, y los granaderos con lo demás.

Algún tiempo después, Ferrari recibía una grata misión: la de trasladarse a La Bisbal con dos batallones para impedir la entrada del enemigo. La Bisbal era una ciudad alegre y bonita. «¡Bailaremos allí!», se dijo, guardándose la flauta.

La irrupción de las tropas napoleónicas en La Bisbal fué recibida como una tormenta. A Ferrari le tocó alojarse en una casita junto a la plaza, en la que sólo vivía una madre con dos hijas. Las muchachas se quedaron mustias, la madre protestó que era una pobre viuda, y que no tenía habitación para «el señor oficial». Ferrari no hizo caso; entró, escogió la habitación que le pareció mejor, y con uno de sus granaderos se puso él mismo a arreglarla, cuando de pronto, sobre una mesita, encontró unos papeles; era una carta del marido de la señora, escrita desde Hostalrich, en la que decía, entre otras cosas, que no tenía ganas de morir hasta acabar con todos los enemigos de España.

La supuesta viuda, espantada ante la cara que puso

el oficial, cayó de rodillas con sus hijas, pidiendo las tres perdón. Ferrari contempló a las hijas, ambas hermosas, aunque la pequeña más guapa que su hermana; lejos de hacerlas daño, el oficial, sonriendo, les preguntó su nombre. Se llamaban Rosita y Paquita.

—Pues bien: ¡ánimo! Esta noche bailaremos, Rosita y Paquita. ¡Fuera penas!



5.—Trajes para señoritas

La amenaza del baile las dejó heladas; pero Paquita, la más guapa, miró a Ferrari de tal modo que parecía decirle: «¡Antes que bailar contigo prefiero morir cien veces!» ¿Por qué sería aquello? Tan triste la vió, que, llegada la noche, no se atrevió siquiera a volver a tratar de baile ni de gresca, acostándose preocupado y comprendiendo que había en aquella mujer algún secreto, que con gusto habría descubierto.

Al día siguiente, terminadas las faenas de la mañana, encontró sólo a Rosita y a su madre. Entonces acordándose de que la música amansa las fieras, sacó la flauta de la bolsa y se puso a tocar; pero apenas había empezado, le pareció oír sollozos en la habitación inmediata; penetró en ella, y encontró a Paquita llorando, y a su madre y a su hermana consolándola.

—¿Por qué ese llanto? ¿Qué ocurre?

—Nada, nada. Es que tengo miedo...

—¿De qué? ¿Por qué temer?... ¿Acaso el padre...? Pero, ¿no habían tenido carta suya?

—No, no es mi padre. Temo por Fernando.

En el modo de decir *Fernando* se comprendía que no se trataba de un hermano. Y, en efecto, poco después supo Ferrari por Paquita que Fernando era su novio, que había ido a la defensa de Gerona, y

del que no tenían noticias hacía tiempo, lo que se explicaba por lo estrecho del asedio.

—Pero ¿caerá Gerona?

—Indudablemente. Es inevitable.

—¿Y estará el señor oficial en el último asalto?

—Seguramente.

—¡Oh! Salvadme, Salvad a mi Fernando...

Y concisamente le dió sus señas: era un joven alto rubio; llevaba una casaca de terciopelo oscuro; todos le conocían por ser tocador de flauta...

—¿Le conocéis? —preguntó Paquita, al ver palidecer al oficial. —¿Sabéis algo de él? ¡Decidme, por Dios...!

—No, no sé nada —murmuró Ferrari entre dientes, mientras la pobrecilla se marchó gimiendo:

—¡Tengo miedo! ¡Me lo dice el corazón!

¡Horrible coincidencia! El destino había querido que el mismo que había ordenado la muerte de aquél Fernando fuera el huésped de la familia de su prometida, y se alojara en la misma casa que había llenado de duelo y de lágrimas. Al día siguiente recibió la orden de regresar al cuartel general, y se sintió aliviado de un gran peso; por la mañana sin despedirse de aquella familia, dejó la casa hospitalaria y salió de la Bisbal; pero en la mesita de la habitación donde había sentido gemir a Paquita había dejado la flauta...

ADOLFO ALBERTAZZI

## PENSAMIENTOS

Al lado de cada derecho de que se puede disfrutar, hay siempre un deber que cumplir.

PADRE RÁULICA

Bueno es ejercer un derecho; pero mejor aún cumplir un deber.

CÁNDIDO NOCEDAL

Si cada cual cumpliera con sus deberes, este mundo no sería un valle de lágrimas; sería el verdadero Paraíso terrenal.

TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿qué mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente a quien se distingue del vulgo haciendo el suyo?

LARRA

Ni porque rasgue las nubes un rayo de sol, enloquecemos de alegría; ni porque las nubes, condensándose, entenebrezcan la tierra, nos abatimos. Queremos andar nuestro camino, serenos aunque tristes, nunca jactanciosos; tampoco desmayados.

APARISI Y GUIJARRO

## La huérfana de Dordrecht

NOVELA DE

M. FILIBERTO DE AUDEBAND

(Continuación)

El conde tenía motivos más que suficientes para tomar esta disposición. A los gritos del populacho acababan de mezclarse los de la milicia ciudadana. La compañía de la bandera azul, la más exaltada entre todas, acababa de desembocar en la plaza por la calle de la Sardinería, y se dirigía a paso redoblado hacia las puertas de la cárcel. De la boca de los milicianos salía el grito subversivo de: *¡Mueran los traidores del partido francés! ¡Viva Orange!* En visra de esta demostración, el conde de Tilly mandó a su tropa preparar las armas. La guardia cívica por su parte, temiendo verse cargada por las tropas regulares, preparó también sus arcabuces y sopló las mechas. Mas no por esto dejaban aquellos hombres de





6 a 12.—GRAN PANORAMA DE TRAJES PARA LA ESTANCIA EN EL CAMPO



dar gritos horribles, y de amenazar a la caballería. Con el objeto de poner fin a estas evoluciones, el capitán general picó espuelas a su caballo, y dirigiéndose a la compañía de la bandera azul, dijo con la mayor serenidad y con una sangre fría propia de un guerrero tan valiente.

—Si queréis que la sangre corra hoy por las calles de La Haya, comenzad las hostilidades los primeros; pero os juro, en nombre de Dios, que os haré ver a costa vuestra que los jinetes de Tilly pueden y saben volveros en balas de pistolas las que vosotros les enviéis de mosquete.

—¡Lo que nosotros queremos es la muerte de los traidores!..., contestó Enrique Veroef, que como ya saben nuestros lectores, era el capitán de aquella compañía.

—¡Caballero!, replicó el conde; los traidores, si acaso lo son, han sido juzgados severamente. Vos sabéis lo mismo que yo que dentro de un instante va a publicarse su sentencia.

—Que no será sino un paliativo, replicó el platero. El gran bailío de Putten ha querido asesinar al príncipe de Orange.

—¡Muera Cornelio de Witt y todo el partido francés!

—Ya conocemos ese triste estribillo, replicó el capitán general. Hace quince días que no sabéis decir otra cosa.

—¡Es que toda Holanda en masa pide venganza! Aquí el populacho se puso a gritar con nuevo furor, y el conde Tilly, mirando aquella alarma con el más soberano desprecio, fué a ponerse a la cabeza de sus tropas.

—¡Tilly es un traidor!..., exclamó entonces Enrique Veroef. Después dirigiéndose a algunos oficiales de la milicia: ¡Vamos!, les dijo, a la casa de la Ciudad a pedir que se dé orden de que se retiren los soldados de Tilly que quieren poner estorbos a la justicia del pueblo.

—¡Sí!., ¡sí!., ¡Mueran los traidores!., gritó aquella turba desenfrenada... ¡Viva la compañía de la bandera azul!., ¡A la casa de la Ciudad!., ¡A la casa de la Ciudad!.,

El platero, poniéndose al frente del movimiento como había hecho ya otras veces, se dirigió a la casa del Ayuntamiento, acompañado de algunos oficiales de la milicia, y seguido de una turba frenética.

Cuando llegaron al salón de los Estados Generales, no hallaron en él sino dos diputados. Los demás habían huído cobardemente.

—¿Qué sucede? preguntó M. de Asperen, que era uno de los dos diputados. ¿Por qué venís armados a la sala de nuestras deliberaciones, violando de ese modo el sagrado recinto de la representación nacional?

—¡Caballero!, contestó Enrique Veroef, si la tropa del conde de Tilly no se retira inmediatamente, La Haya va a ser hoy teatro de grandes horrores. La milicia ciudadana no puede tolerar por más tiempo la insolencia de esos soldados, que amenazan al pueblo con las armas preparadas. En una palabra, si no se da en el acto la orden para que se retiren de la plaza de la Cárcel, nosotros tomamos a nuestro cargo el echarlos de allí a viva fuerza. Además, corre la voz de que los marineros y un ejército de paisanos de los pueblos inmediatos, se dirigen hacia La Haya con el objeto de saquear la ciudad. Deber suyo es el salirles al encuentro.

—¿Pero, para qué os estorban esos hombres?

—En fin, añadió con tono insolente el platero, que lo mandéis o no, os juro por la muerte del traidor que ha querido asesinar al príncipe, os juro, repito, que si dentro de un cuarto de hora no mandáis que los soldados de Tilly despejen la plaza, el degüello va a comenzar por los cuatro ángulos de la ciudad.

Bien fuese en virtud de estas amenazas, bien porque los diputados perteneciesen a la facción orangista, o bien quizás porque temiesen las funestas consecuencias de una liga semejante, lo cierto es que aquellos hombres tuvieron la inconcebible debilidad de dar una orden por escrito al conde de Tilly para que hiciese retirar la caballería. Esto equivalía a dejar la cárcel a merced de los alborotadores, que desde aquel momento tenían también a su disposición la vida de Cornelio de Witt, protegida hasta entonces únicamente por las tropas del conde.

Enrique Veroef se apoderó inmediatamente de aquella orden y volvió triunfante a entregársela al conde de Tilly, que la tomó y leyó rápidamente; después cediendo a un primer movimiento de indignación dijo levantando su espada sobre el platero:

—Si yo me dejase llevar ahora de mi genio pronto libertaría a Holanda de un grandísimo bribón.

Pero contenido por el respeto a la ley, el capitán general se volvió entristecido hacia sus oficiales, y envainando la espada:

—Vamos, señores, les dijo, la orden es terminante, marchemos; pero el bailío está perdido y probablemente nosotros también.

Al concluir de decir estas palabras, la caballería empezó a desfilar lentamente en medio de los gritos y de los silbidos del populacho.

—Ya lo veis, gritaba Veroef, nosotros hemos quedado a merced. El pueblo no tiene más que decir: «Quiero que tal cosa se haga», y lo que él quiere se hace inmediatamente. Ha pedido que los soldados se retiren, y los soldados se van. ¡Bien pueden tenerse por dichosos de haber salido de aquí a tan poca costa!., ¡Ahora, hijos míos, a la cárcel!.

Viendo que por aquella parte no había ya obstáculos que combatir, los grupos se dirigían, en efecto, hacia la cárcel de la Bugtunhoff.

Entretanto el conde de Tilly efectuaba poco a poco su retirada, y ya había tomado el camino de los arrabales, donde se hallaba el cuartel. Pero extendidos los alborotadores por toda la ciudad, la caballería no podía dar un paso sin encontrarse con alguna fracción del motín. En todas las esquinas de las calles hallaban oradores que, subidos en un guardacantón o en cualquiera otra cosa peroraban con ardor, señalando con la mano a las tropas que volvían a sus cuarteles, humilladas y con la cabeza baja, designándolas de este modo a la venganza de la plebe. Algunas veces, al nombre de los dos hermanos, se unía otro en el anatema que el pueblo fulminaba sin cesar contra ellos. Este nombre era el del capitán general, que hasta el último extremo había querido permanecer fiel a su consigna y a lo que le prescribía su honor.

—No había sino dos traidores que ahorcar, decían aquellos hombres furiosos; ahora habrá tres, porque se necesita plantar otra horca para colgar al conde de Tilly, tercer jefe del partido francés.

Cuando la caballería se aproximó a la plaza del Almirantazgo, este clamoreo fué en aumento. Aunque el conde estaba decidido a conservar su sangre fría, a cada paso la ira le salía al rostro, y le costaba cada vez más el contenerse. Hecho al triste espectáculo de las discordias civiles, M. de Tilly conocía muy bien el carácter de aquella turba sin vergüenza, que se embriaga con las injurias que vomita, y a la cual un poco de impunidad llena bien pronto de una soberbia inaguantable.

—O mucho me engaño, dijo entonces a uno de sus ayudantes, o esta canalla no tardará mucho en pasar de las amenazas a las obras. Esta es siempre su costumbre; pero en tal caso yo no respondo de nada de lo que suceda. Desde entonces, cada cual tendrá el derecho de desenvainar su espada para atender a su seguridad individual.

Pocos instantes pasaron hasta que estas conjeturas se realizaron. Por las puertas de la ciudad, abiertas de par en par, entraban continuamente grupos de paisanos del radio de la ciudad, de marineros y judíos, que todos daban las mismas voces que los amotinados de dentro.

Al llegar cerca de la calle de los Armeros, y en el momento en que la caballería iba a ponerse al trote largo para ganar sus cuarteles lo más pronto posible desembocaron también en el mismo punto unas bandas de revoltosos armados de palos y de picas, y conducidos por dos personajes, a quienes ya hemos tenido ocasión de conocer mas de una vez en el discurso de esta historia. Hablamos del regidor Van-Benuing y de Guillermo Tychelaer, almas condenadas, como ya sabemos, de la facción orangista.

—¡Es preciso que este día sea el último del partido francés!, gritaba el regidor, que no sabía prescindir de sus antiguos odios. ¡Luego le tocará el turno al rey Luis!

—¡Sí, concluyamos con el partido francés!, respondió el barbero. ¡Los de Witt son la cabeza; los solda-

dos de Tilly, las manos de ese infame partido! ¡A ellos, amigos míos!...

Una mujer que nada tenía de humano, ni aun el rostro; una de esas criaturas sin nombre que se encuentran siempre en todas las conmociones populares, marchaba entre las turbas con una horquilla en la mano. En un acceso de furor quiso herir con ella a un trompeta, pero este huyó el cuerpo y los dos dientes de hierro de la horquilla atravesaron el pecho del caballo. El pobre animal cayó al suelo relinchando de dolor. El jinete que estaba al lado del corneta, montó una pistola y mató en el acto a aquella horrible furia infernal. Esta fué la señal para dar principio a la carnicería. En un momento estuvo llena la calle de muertos y de heridos. Los soldados de Tilly, hallándose en el caso de una defensa legítima, dieron cuenta bien pronto de una gran porción de aquellos hombres cubiertos de andrajos. El tropel echó a correr, pero a manera de un león herido en el costado, es decir, rugiendo y amenazando volver muy pronto a renovar la pelea. En efecto, a poco rato los amotinados se presentaron de nuevo en aquel sitio, reforzados con otros grupos que habían ido a recoger en los barrios inmediatos al lugar de la catástrofe. A los pocos minutos, la masa de gentes era tan compacta, que los caballos no podían dar un paso adelante ni atrás.

—Retiraos, o nos veremos en la precisión de haceros fuego otra vez, gritó el conde de Tilly, señalando a sus soldados, que con las pistolas amartilladas no aguardan sino la orden de disparar.

Un silbido prolongado de toda aquella multitud fué la única respuesta a lo que el conde acababa de decir.

—¡A las barricadas!., ¡a las barricadas!, decía el regidor; esta es la única respuesta que puede darse a esos monstruos que derraman la sangre del pueblo.

—¡Sangre por sangre!., contestaba el barbero; ellos han derramado la nuestra, y la suya nos pertenece ya de derecho.

El grito de *¡A las barricadas! ¡a las barricadas!*, era el que dominaba a todos los demás. Regla general: cuando las masas están apiñadas en un punto, es indispensable, para distraerlas del objeto que se han propuesto, o un espectáculo capaz de seducirlas, o un acto de destrucción que las ocupe por un cuanto tiempo. Seis mil brazos a la vez se emplearon en apoderarse de cuantos carros hallaron a mano, con los cuales empezaron a formar las barricadas. Cerca del teatro de esta escena estaban levantando una casa. Al cabo de cinco minutos y ayudando cada cual un poco, no quedó viga ni piedra en aquel edificio que no sirviese para el objeto en cuestión. Encontráronse, pues, los sublevados como por encanto, con dos grandes murallones construídos en medio de la calle, más que suficientes como es fácil conocer para impedir el paso a la caballería. Ejecutóse todo esto con tal prontitud, que el conde de Tilly no pudo impedirlo de ningún modo. Además, ¿qué podían hacer ni él ni sus tenientes contra el poder formidable del número? Los grupos no constaban de menos de seis mil hombres, y la caballería tenía cuando más mil doscientos, y de éstos había muchos heridos. A pesar de todo, la tropa se preparaba a hacer una resistencia enérgica.

En aquel momento llegó un personaje que llevaba una faja de color de naranja y en la mano una rama de árbol; este individuo, que iba a caballo, era Van-Paert, diputado de los Estados-Generales. Conforme se iba acercando, los grupos se apiñaban para abrirle paso a fin de que pudiese llegar hasta el sitio donde se hallaba el capitán general.

—Señor conde, le dijo a media voz el diputado: ya veis que os halláis rodeado por todas partes: no os queda sino un recurso, y éste se reduce a capitular con el pueblo.

—Sí, respondió irónicamente M. de Tilly, ya sé que ése es el modo de proceder que tenéis los fabricantes de frases pomposas aunque vacías de sentido. Hace veinte minutos era yo dueño todavía de la situación. Gracias a la cobardía o a la complicidad de vuestros colegas, ahora me hallo a merced de un pueblo sin fe y sin ley, que habla nada menos que de colgarnos a todos.

—Doble razón para que no se pierda un instante más, señor conde. Así, os aconsejo de nuevo que capituléis con la multitud.



—Decid, caballero, que me exhortáis a que le entregue vergonzosamente las armas, deshonrándome de este modo para toda mi vida. Os advierto que nadie obtendrá de mí jamás una cosa semejante.

—Ante todo, estáis obligado a salvar la vida de los valientes que os acompañan.

—Esos valientes, estiman en más el honor que su vida.

—Os repito, señor conde, que los instantes son preciosos.

M. Van-Paert decía en esto la verdad, Oyéronse entonces nuevos gritos. Iba a seguirse a ellos una nube de piedras y el conflicto se hacía inevitable, cuando el diputado de los Estados Generales, extendiendo el brazo en que tenía la rama de árbol, entre el pueblo y la tropa, gritó con toda la fuerza que le fué posible:

¡Ciudadanos, los valientes soldados de Tilly fraternizan con el pueblo!...

Los grupos empezaron a aplaudir en tono de burla; pero los soldados, creyendo que aquella orden procedía de su comandante, echaron pie a tierra casi todos para dar la mano a los alborotadores, y aun algunos se pusieron a beber con ellos. En cuanto al conde, despedido y lleno de ira al propio tiempo al verse burlado tan indignamente, levantaba su espada en el aire y hacía esfuerzos desesperados para volver a reunir su gente. Sin embargo, el ruido que movían aquellas masas turbulentas impedía que el conde fuese oído ni aun de los mismos oficiales; y así es que se quedó solo en una postura que denotaba que pensaba defenderse hasta que no le quedara una gota de sangre en su cuerpo.

Aquella actitud enérgica no pasó desapercibida a los ojos de los dos principales agitadores del partido orangista.

—Que me maten, exclamó Tychelaer, si ese bribón de Tilly no trata aún de rehacerse para caer de nuevo sobre nosotros.

—Con efecto, dijo Van-Benuing, el traidor vuelve la punta de su espada contra el pecho del pueblo.

—¡Muera el traidor!... gritaron entonces algunos de aquellos hombres.

Una piedra, lanzada por un idiota, dió en la frente del capitán general, haciéndole un enorme chichón.

—¡Bien tocado!, exclamó el populacho. El idiota no lo es tanto como parece.

El conde no podía ya contenerse.

—¡Grandísimos bribones!, exclamó, si no fueseis diez contra uno, no me causaríais el menor temor.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando una porción de brazos robustos se apoderaron de él y lo arrojaron al suelo.

—¡Muera Tilly!... ¡No haya compasión para ese traidor! gritaba aquella turba frenética.

—¡Ahorcadlo de un farol!...

—¡Echadlo al río!

—¡Fusiladlo!

—¡Qué pida perdón al pueblo de rodillas!...

Estos y otros gritos semejantes herían sin cesar los oídos del conde. Cubierto de lodo, y con los vestidos hechos jirones por las uñas de los vencedores, el conde creyó que había llegado su última hora.

De pronto el regidor exclamó con voz de trueno:

—¡Ciudadanos de La Haya!, antes de concluir con el traidor, conviene a la causa de la república ver si lleva encima algunas pruebas del complot que ha tramado en unión de los Witt y del rey de Francia. ¡Pido que se le registre inmediatamente!

—¡Sí, eso es!... Registradle inmediatamente, dijo Guillermo Tychelaer, dispuesto siempre a apoyar todo lo malo que hiciesen o dijese los demás.

Apenas se había dicho lo que acabamos de referir cuando un marinero metió la mano en el bolsillo del uniforme del conde, y sacó de él el billete de que ya tenemos conocimiento.

—¡Una carta! ¡una carta!... exclamó el que había hecho el registro. ¡Aquí tenemos ya la prueba del crimen!...

El regidor, radiante de alegría, se acercó adonde estaba el conde. Venga ese papel, dijo, voy a leerse-lo al pueblo inmediatamente.

Todo el mundo calló.

Van-Beuning con un tono ridículamente solemne, leyó en alta voz los dos primeros renglones:

«Señor conde, una amiga de los Witt cree deber daros un consejo.»

—¡Hola! dijo el regidor suspendiendo la lectura, la que escribe es una mujer: ¡sin duda una espía de Luis XIV!...

El honrado regidor veía en todas partes la mano del gran rey.

—¡Una amiga de los Witt!... decía por otro lado el barbero; ¡que vengan ahora a decirnos que no había aquí complicidad!... Continúa vuestra lectura, señor regidor.

Van-Beuning prosiguió:

«El día de hoy será borrascoso y pondrá a prueba vuestro valor mas de una vez.»

—¡Su valor! dijo el barbero burlándose. ¡Ciudadanos de La Haya, ya veis lo que vale ese decantado valor para con el pueblo!... ¡Proseguid, señor regidor!.

«Dentro de algunos instantes los amotinados tratarán de forar las puertas de la cárcel. Os advierto que temáis más a la compañía de la bandera azul que al ciego populacho que la sigue sin saber lo que se hace.»

—¿Qué decís de esto, ciudadanos de La Haya? ¡La compañía de la bandera azul y el populacho ciego que la sigue sin saber lo que se hace!... Ved cómo nos tratan esas gentes.

Van-Beuning quería proseguir leyendo hasta el fin, pero un grito unánime y furioso le detuvo de repente.

—¡Muera Tilly!... era el grito universal.

En este momento, un espectáculo inesperado interrumpió el curso de aquel drama al aire libre:

Una joven de extremada belleza, pálida, pero que manifestaba un ánimo enteramente varonil, se dejó ver de pronto en el umbral de una casa inmediata a aquel sitio, con un arpa en la mano. Esta linda joven era la huérfana de Dordrecht.

Tales debieron aparecer en los días borrascosos de su época, Débora, Juana de Arco y Carlota Corday.

Preludiando en las cuerdas del instrumento con cierta especie de inspiración, la joven vió volverse hacia aquel lado las cabezas de todos los espectadores, encantados, por decirlo así, con aquella dulce melodía.

—¡Ah! ¡Ved ahí la arpista de Dordrecht!... exclamó una pescadora. No hay en el mundo otra que toque con el primor que ésta. El pintor Van-Dyck ha dicho de ella que era el Orfeo de Holanda.

En seguida, millares de voces dijeron a un mismo tiempo:

—¡Que cante la *Neerlandesa*!

—¡La *Neerlandesa*!... ¡La *Neerlandesa*!... repitió a coro toda aquella multitud.

## VI

### UN AMIGO

(Continuación)

Digamos de paso que la *Neerlandesa* era en aquella época para las Provincias Unidas lo que la *Marsellesa* fué más tarde para Francia, es decir, un cántico de guerra y de insurrección a un mismo tiempo. En ninguna gran ceremonia ni reunión popular, y, sobre todo, en ningún motín, dejaba de cantarse a toda orquesta aquella canción.

—No podíais pedirme cosa más de mi gusto, dijo Lidia dirigiéndose a las masas. Convento en cantar inmediatamente la *Neerlandesa*; pero ya sabéis que los artistas somos muy caprichosos. Si he de cantar ha de ser con una condición.

—¿Qué condición es ésa?, preguntó el regidor.

—Que me entreguéis en seguida ese prisionero.

—¡Jamás!... replicó el decano de los rapantes.

—Pues no dándome el prisionero no hay canción, contestó la arpista con la mayor sangre fría.

—¡Hola, señorita! exclamó entonces Van-Beuning, ¿conque sois tan amiga de los traidores que queréis arrancar de la muerte a este gran criminal?

—No, señor, respondió Lidia; yo no soy sino una pobre mujer, una arpista. Ya sabéis que son enteramente extrañas las contiendas de los partidos a este arte; pero quiero evitaros el derramar la sangre de un soldado que ha sabido verterla en otras ocasio-

nes en defensa de la patria. Esta y no otra es la razón porque os pido que me entreguéis ese hombre.

—Y a la verdad, se atrevió a decir uno de los circunstantes, el conde de Tilly ha sido ya suficientemente castigado por lo que ha hecho.

—La república, contestó otro, no se hallará ni más ni menos expuesta porque al conde se le salve la vida.

Entre aquella turba llena de cabezas ligeras, hubo una reacción de ideas en favor del prisionero que jamás se había prometido la joven, al menos en tan poco tiempo. Al cabo de algunos instantes, el regidor y el barbero pudieron persuadirse hasta la evidencia de que el ascendiente que ejercían sobre las masas no era suficiente a contrarrestar el de la joven arpista, que había logrado apaciguarlas sólo con dejarse ver entre ellas, a la manera que Orfeo supo encantar con su lira a los monstruos de la antigüedad.

(Continuará)

## CRÓNICA DE TEATROS

MADRID. — Se han estrenado recientemente: en Eslava, el vaudeville-comedia en cuatro actos, de Monery y Nancy, arreglado a la escena española por Felipe Pérez Capo, y titulada *El primo de mi mujer*; en Apolo una revista de sátira taurina, intitulada *España Nueva*, de Paso y Abati, música del maestro Lleó; y en la Zarzuela, la obra en un acto, inspirada en la *Escuela de los maridos* de Moratín, titulada *El tirano*, letra de los señores Pacheco y Renovales, música de los maestros Calleja y Barrera.

BARCELONA. — ROMEA. — Ha debutado la compañía de zarzuela que dirige Enrique Palacios y de la que forma parte la aplaudida primera tiple Teresa Idel. Repertorio: *La buena sombra*, *La Verbena de la Paloma*, *Gigantes y cabezudos*, *La reina mora*, *El barquillero*, *El húsar de la guardia*, *La corrida de toros*, etc.

NUEVO. — Ha debutado la compañía cómica lírica dirigida por Paco Vega y los maestros Vivas y Sanllehy, y de la que forman parte las primeras tiples Adela y Consuelo Taberner, Paquita Rosell, Amada Alegre, Juanita Estela, Concha Ruiz, Crespi Cruz, Matilde Tornamira y los primeros actores Fernando Vallejo, Miguel Pedrola, Juan Ledesma, el barítono Barberá, los tenores cómicos Paco Gallego y A. Guillén y los actores Posac, Villegas y Crespi.

IMPERIO. — A la compañía cómica de Monteagudo ha sucedido la de zarzuela y opereta de Ricardo Güel, de la que forman parte las hermanas Martí.

SORIANO. — Ha debutado la compañía que dirige el primer actor señor Montero y de la que forman parte las tiples Pura Montoro, Antonia Arrieta y Pilar Lacambra. Se estrenó en la noche primera la revista *Cuando el amor muere*, letra de Montero, música del maestro Moniserrat.

## RECETAS CULINARIAS

### Capón relleno

Destripese el capón y después de cocido se pican todos los menudos con un caldo que tenga miga de pan cocido con nata, un cuarterón de manteca en pella, perejil, cebollino, setas picadas muy menudas y pasadas por manteca, sal, pimienta y tres yemas de huevo. Se llena el interior con relleno, cubriéndolo ligeramente con miga de pan. Se dora el capón con manteca, se vuelve a empanar otra vez y se le da color en el hornillo. Sírvese con salsa picante.

### Capón mechado

Póngase en una cazuela un capón mechado con pedacitos de tocino y algo de ajo, y después de rehogado échese el caldo, y cuando esté a punto se saca el capón, se cuele la salsa y se vuelve a poner el capón en menos cantidad de aquella. Póngase a enfriar en una fuente, y bañada con una salsa que tenga manteca y harina, se le cubre con miga de pan, se pone en el horno o sobre la parrilla para que forme costra y se sirve con una salsa picante.

### Sopa de carne

Poned en un puchero, o en una marmita de fundición con baño de porcelana, medio kilogramo de vaca y se la hace hervir por espacio de una hora. Mientras tanto rehogáis dos cebollas en una sartén con manteca hasta que tomen color. Se echa la cebolla en una marmita y al mismo tiempo se le añade sal en cantidad conveniente, tres o cuatro clavos de especias, una cucharadita de pimienta en polvo, perejil y un ramito de hierbabuena. Al cabo de una hora se le añade un apio bien mondado y lavado, y se le deja hervir por espacio de otra hora hasta que la carne esté perfectamente cocida. Durante la cocción se tendrá cuidado de espumar para desengrasar un poco. Con el caldo se remoja la sopa de pan en la misma soper. Se sirve caliente.



# AGUA RADIUM

PARA TEÑIR EL PELO AL MOMENTO. UNA SÓLA APLICACIÓN

La más sencilla, la más rápida, la más eficaz, la más práctica,  
la más permanente, la más higiénica de todas las tinturas conocidas.

PROBARLA, ES IGUAL QUE ADOPTARLA

Pídase en establecimientos acreditados. Exíjase el nombre **RADIUM** y el de los inventores CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

## HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura,  
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,  
Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

## ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE** Curadas por el Verdadero. El mas activo y economico, el unico Inalterable.—Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. Paris.

NUEVA REIMPRESION

### FABULAS DE ESOPHO

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER.—Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela.—Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

## PARA EL CUTIS

TERSHOIL producto asiático

para quitar arrugas y pliegues de la piel (patas de gallo) ronchas, escamas, cicatrices, granos, rojeces, puntos negros, etc. Jamás perjudica, a pesar de su actividad. Se remite por correo enviando CINCO pesetas por Giro postal al doctor Joly, de Madrid. Pedir prospectos gratis. De la Argentina, han de remitir tres pesos, moneda nacional; del Uruguay, un peso; de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y resto de América, un dollar en billete americano.

Lavando la ropa blanca  
con la primitiva Lejía  
líquida marca

## CONEJO

embotellada  
se consigue limpieza  
blancura y desinfección

REHUSAR LAS BOTE-  
LLAS DESTAPADAS



**ANEMIA**  
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS  
Todos los Medicos proclaman que  
el VINO y el JARABE **DESCHIEENS** (PARIS)  
á la Hemoglobina  
CURAN SIEMPRE



**Historia General de España**

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII  
POR D. MODESTO LAFUENTE  
CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA  
CON LA COLABORACIÓN DE  
D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española.—Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas.—Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuída en 25 tomos lujosamente encuadernados, a **5** pesetas uno.

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN